

las localidades de orquesta, las segundas galerías y el perterre o patio, menos cincuenta asientos.

Para combinar su plan estratégico y asegurar mejor el orden de batalla, los jóvenes entusiastas solicitaron que se les autorizase a entrar en el teatro antes que el público. Se accedió a la demanda, pero con la condición de que entrarían antes de que la gente comenzase a formar cola; para ello contarían con tres horas de adelanto. Todo hubiera ido como una seda, de consentirseles que entrasen en el teatro, como lo hacían los de la claqué, por la puerta del oscuro pasaje, hoy suprimida. Pero la dirección del teatro, que seguramente deseaba que se advirtiese la presencia de los amigos del poeta, les fijó la entrada por la puerta de la calle de Beaujolais, que era la puerta real. Por miedo a llegar tarde, los jóvenes batallones llegaron demasiado pronto y se encontraron con la puerta cerrada; de modo que durante una hora, cuantos pasaban por la calle de Richelieu vieron acumularse allí una banda de seres extraños, fantásticos, barbudos, melencólicos, feroces, vestidos de todos modos menos con arreglo a la moda del día, quién con capa española, quien con chaleco a lo Robespierre, quien con toca a lo Enrique IV; todos los siglos y todos los países mostrábanse sobre aquellas cabezas y aquellas espaldas en pleno París y en pleno mediodía. Los buenos burgueses, deteníanse estupefactos e indignados. Teófilo Gautier, sobre todo, atraía las miradas con su chaleco de raso escarlata y la espesa cabellera que le llegaba hasta los riñones.

La puerta no se abrió; las tribus interrumpían la circulación, lo que les importaba realmente muy poco, pero una cosa estuvo a punto de hacerles perder la paciencia. El arte clásico no pudo ver tranquilamente aquellas hordas de bárbaros que iban a violar su asilo y arrojó sobre ellos todas las basuras e inmundicias del teatro; un troncho de col cayó sobre la cabeza de Balzac. El primer impulso de los jóvenes fué el de enfadarse, quizás era lo que pretendía el arte clásico, pero prefirieron no dar pretexto alguno a la policía para intervenir.

A las tres en punto se abrió la puerta y poco después se cerraba. Ya en la sala, se organizaron los invasores. Distribuidos los lugares, se advirtió lo largo de la espera. Eran solo las tres y media. ¿Qué hacer hasta las siete? Se habló, se cantó, se rió, pero las conversaciones, los cantos y las risas, se extinguieron. Por dicha, la mayoría no había comido aún y había llevado cerveza, jamón, salchichones, pan, etc., para hacer su yantar en el teatro; todos se dispusieron a comer, utilizando las banquetas para mesa y los pañuelos como servilleta. Como no tenían otra cosa que hacer, prolongaron la comida todo el tiempo posible, y fué tanto, que aún estaban a la mesa cuando el público comenzó a entrar en el teatro.

Al ver aquel restaurant improvisado los de los palcos y butacas se preguntaron si soñaban. Al mismo tiempo el olor a ajo de los salchichones que había invadido el ambiente, mortificaba a los que llegaban de la calle; pero aquello no era nada, ya que entre aquella numerosa agrupación de hombres, parece lógico que algunos hubieran experimentado otras necesidades que las de llenar el vientre, y, como los lugares destinados a satisfacer estas necesidades estaban cerrados, aquellos hombres se espantaron por los lugares más oscuros para exonerarse. Mas estos lugares oscuros habían sido iluminados repentinamente al franquear la entrada al público. ¡Júzguese del escándalo que aquellas humedades habían de producir a los lindos zapatitos de seda de las bellas y elegantes espectadoras!

Cuando Víctor Hugo llegó al teatro, encontró sonrientes a los empleados y al Comisario real completamente

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Que el drama está muerto y que son los amigos de usted los que lo han matado.

Entonces Víctor Hugo se enteró del incidente y declaró que la culpa no era de sus amigos, sino de los que les habían tenido encerrados durante cuatro horas.

Pero al menos no se le había dicho nada a la señorita Mars—le indicaron—porque el barón Taylor tuvo buen cuidado de recomendar que se le ocultase lo ocurrido.

El autor entró en el escenario y se halló de manos a boca con la señorita Mars, la cual se apresuró a decirle:

—¡Lindos amigos tiene usted! ¿Se ha enterado de lo que han hecho?

La recomendación del barón no impidió que los enemigos de la obra le fueran con el cuento a la actriz. Esta se mostraba furiosa.

—¡He representado ante todos los públicos, pero había de deberle a usted el representar ante *esos señores!* — exclamó airada y despectiva.

Víctor Hugo repitió a la actriz lo que ya había dicho al Comisario regio, y la dejó para asomarse a los bastidores. Actores, figurantes, maquinistas, todos habían pasado ya de la frialdad a la hostilidad. Sólo Joanny, convertido en Ruy Gómez, se acercó a Hugo y le dijo:

—Tenga usted confianza; por mi parte me siento muy esperanzado.

Víctor Hugo miró por el agujero del telón y admiró el deslumbrador espectáculo que ofrecía la sala, llena de sedas, alhajas, flores y hombros desnudos.

Se dieron poco después los tres golpes de ordenanza y el autor vió levantarse el telón con esa congoja que sufre el corazón cuando se entrega a lo desconocido el pensamiento y tal vez el porvenir.

La breve escena entre Don Carlos y Josefa pasó sin obstáculo; después entró Doña Sol. Los jóvenes amigos del poeta, poco hechos a las costumbres teatrales y también poco entusiastas de la señorita Mars, descuidaron hacer a la actriz la acogida a que estaba ella acostumbrada al aparecer en escena, negligencia que no fué remediada por los partidarios de la actriz, a los que disgustaba que que ésta representase el drama. Este silencio insólito, desconcertó un poco a la Mars.

Firmin, que, si no tenía la edad de Hernani, poseía siempre juvenil ardor, dijo muy bien estos versos:

O l'insensé vicillard, qui, la tête inclinée,

Pour achever sa route...

Vieillard, va-t'en donner mesure au fossoyeur!

Las tribus aplaudieron vigorosamente, pero el resto del público no las secundó.

En el segundo acto ya fué otra cosa, durante el diálogo entre Don Carlos y Hernani.

—Mon maitre,

Je vous tiens, de ce jour, sujet rebelle et traître...

Je vous fais mettre au ban de l'empire.

—A ton gré,

J'ai le reste du monde où je te braverai.

Il est plus d'un asile où ta puissance tombe.

—Et quand j'aurai le monde?

—Alors j'aurai la tombe.

Algunos palcos mezclaron sus manifestaciones de agrado al aplauso de los románticos. A cada escena que pasaba sin protesta, los actores y las demás gentes del teatro cambiaban de expresión y de actitudes. Después del segundo acto sonreían ya al autor y hasta algunos admiraban la obra de buena fe.

Pero el verdadero peligro no había sido salvado aún; el punto temible era la escena de los cuadros, sacada por anticipado a la pública risa con la parodia del Vaudeville.

El tercer acto empezó bien. Los versos de Ruy Gómez a doña Sol.

Quand passe un je une pâtre, etc.

Los declamó Joanny con melancólica altivez que conmovió a las damas de entre las cuales algunas aplaudieron. Entonces Ernesto de Sajonia-Coburgo gritó: ¡Vivan las mujeres!

Joanny poseía una especie de altanera dejadez y de familiar nobleza que cuadraban maravillosamente al personaje que representaba.

Abordó con naturalidad y grandeza la escena de los retratos y el público le siguió atentamente hasta el sexto; entonces comenzaron los murmullos y, en seguida, los silbidos, pero el verso:

«J'en passe, et des meilleurs!»

salvó la situación. El último retrato fué saludado con aclamaciones, que se redoblaron cuando don Ruy prefirió entregar su vida y su prometida antes que al huesped, del que se sabe que es su rival. Desde aquel momento ya

no hubo entre bastidores quien dudase de la obra. El éxito lo decidió el monólogo de Carlos V, en el cuarto acto; este inmenso monólogo, interrumpido a cada verso por los bravos, acabó en una explosión de interminables salvas de aplausos. Aún duraban estas muestras de entusiasmo cuando avisaron al autor que alguien quería hablar con él. Salió en busca del que le llamaba y se halló con un hombrecillo de vientre abultado y de franco mirar.

— Me llamo Mame,—dijo el hombrecillo,—soy socio del editor Baudoin... Pero, estamos mal aquí para hablar. ¿Podríamos vernos un minuto fuera del teatro?...

Accedió Víctor Hugo. Cuando estuvieron en la calle, Marie se expresó así.

— He aquí de lo que se trata. Estamos en la sala del teatro Baudoin y yo, y nos han entrado ganas de publicar *Hernani*. ¿Quiere V. vendérselo?

—¿Por cuánto?

—Seis mil francos.

—Después de la representación hablaremos.

—Un momento—insistió el librero,—deseo ultimar la cosa en seguida.

—¿Por qué? Usted no sabe lo qué compra; el éxito puede disminuir.

—En efecto; pero también puede aumentar. Durante el segundo acto, pensaba ofrecer a usted dos mil francos, en el tercero cuatro mil, en el cuarto le ofrezco a usted seis mil porque tengo miedo de que, después del quinto acto, haya de ofrecerle diez mil francos.

—Pues bien, sea;—repuso Víctor Hugo, sonriendo;—ya que tiene usted ese miedo de mi drama, se lo cedo. Venga mañana a mi casa y firmaremos.

—Si a usted le es igual, preferiría yo que firmásemos en seguida. Llevo encima los seis mil francos.

—No tengo inconveniente, pero estamos en plena calle...

—Ahí cerca hay un estanco...

Ambos dirigieron al estanco, adquirieron un pliego de papel sellado, pidieron tinta y pluma, y se extendió y firmó el contrato.

Víctor Hugo recibió su dinero, que le vino de perilla, porque aquella noche sólo tenía en su casa cincuenta francos.

Volvió Hugo al teatro y, en la atención general, advirtió que el éxito no decaía. Terminaba el cuarto acto. Michelot, Joanny y Firmin estaban radiantes. Sus tres personajes se habían repartido los aplausos del público.

Durante los cuatro primeros actos, doña Sol quedaba relegada a un segundo término. Víctor Hugo creyó necesario el ir a ver a la señorita Mars.

La halló seca y agria. Cuando el poeta entró en el cuarto, fingió no verle, so pretexto de continuar riendo a la doncella que le ayudaba a vestirse.

—¿Qué tiene usted hoy?—decía dirigiéndose a la doméstica.—No voy a acabar nunca. ¿Dónde está el albayalde, se lo he pedido cien veces? Este cuarto parece una leonera, todo está revuelto... ¡Ah!, ¿estáis ahí, señor Hugo?...

Y prosiguió mientras se empolvaba el seno:

—¿Sabe que la obra marcha bien?... al menos para usted y para esos señores.

—Pero ya ha llegado el acto de usted, señora.

—Sí, yo empiezo cuando la obra acaba. Ya puede usted decir que no he cansado mucho a sus lindos amigos. ¿Sabe usted que por primera vez no he sido aplaudida al aparecer en escena?

—¡Pero, cómo lo será usted ahora!

—En fin,—repuso ella con aire de víctima resignada;—desde el instante en que acepté este papel, debía esperar lo que ha ocurrido...

Cuando la Mars apareció en escena con su vestido de raso blanco, su corona de blancas rosas sobre la frente, sus dientes perlinos y su cintura siempre de diez y ocho años, produjo un singular efecto de belleza y juventud. El decorado era también encantador; la terraza donde conversaban las máscaras, el palacio iluminado, los jardines donde lucían vagamente los juegos de agua, el movimiento de la fiesta, la música de las danzas, y, luego, el silencio y la soledad en que quedaban los desposados, todo ello dispuso favorablemente al espectador, y

cuando la señorita Mars declamó estos versos que tan bien se ajustaban a su voz musical.

La lune tout à l'heure à l'horizon montait  
Tandis que tu parlais; sa lumière qui tremble  
Et ta voix toutes deux m'allaient au cœur ensemble;  
Je me sentais joyeuse et calme, ô mon amant,  
Et j'aurais bien voulu mourir en ce moment.

La señorita Mars nada tuvo ya que echar en cara a aquellos señores de quienes se haabía quejado a Víctor Hugo.

Todo el quinto acto justificó la prisa del librero Mame. Cuaando Joanny se quitó la careta, bajo la cual don Ruy Gómez asistió a la boda, la cara de espectro que mostró, produjo una impresión de terror; y durante toda la escena sintióse como una rigidez sepulcral que daba frío. La señorita Mars defendió la vida de Hernani con una energía de la que no se había creído capaz a Celimena. Estuvo realmente trágica al amenazar a don Ruy:

Il vaudrait mieux pour vous aller aux tigres même  
Arracher leurs petits qu'à moi celui que j'aime...  
Voyez-vous ce poignard? Ah! vieillard insensé,  
Craignez-vous pas le fer quand l'œil a menacé?  
Prenez garde, don Ruy! Je suis de la famille,  
Mon oncle!

El desenlace fué como un delirio. A los pies de la señorita Mars cayó una lluvia de flores. El nombre del autor fué aclamado hasta por la gente de los palcos; sólo en cinco o seis de éstos, hubo silencio, pero protesta, no.

Víctor Hugo se apresuró a rendir a la señorita Mars el homenaje que realmente merecía. El cuarto de la actriz hallábase atestado; no obstante, esta vez no se quejaba ella de la turba. Estaba radiante, su papel era soberbio, el drama una obra maestra...

Apenas distinguió al autor díjole:

—Y, bien, ¿no abraza usted a su doña Sol?...

Y doña Sol ofreció a los labios de Hugo la mejilla de la señorita Mars.

A la salida del teatro esperaban al poeta multitud de amigos que querían acompañarle hasta su casa. Al llegar a ésta, se encontró su salón lleno de gente. La calle de Notre-Dame-des Champs, parecía admirarse de verse tan concurrida a la una de la madrugada.

El siguiente día, al despertar Víctor Hugo, recibió la siguiente misiva:

«He asistido a la primera representación de *Hernani*. La conoce usted la admiración que me inspira. Mi vanidad se adhiere a esto y usted sabe por qué. Me encomiendo al recuerdo de vuestra musa. Una gloria piadosa debe orar por los muertos.

*Chateaubriand*».

29, febrero, 1830.»

La primera representación de *Hernani* había tenido lugar un sábado; el lunes, día en que se dió la segunda, aparecieron los folletines de la crítica periodística. Salvo el del *Journal des Débats*, todos se mostraban hostiles. Se metían con el drama y con el público; decían que el autor había llevado espectadores dignos de la obra, especie de bandidos, individuos incultos y harapientos, recogidos en inmundos tabucos, y que habían convertido una sala respetada en una caverna nausebunda. Esos sujetos se habían entregado a una orgía que tuvo asquerosas consecuencias; habían escandalizado a los periódicos liberales con sus cantos obscenos y a los realistas con sus cantos impíos; el templo había sido profanado y Malpómene se hallaba en un estado lastimoso.

El Comisario regio corrió a casa del autor. Sentíase muy inquieto, pues, evidentemente, la unanimidad de la prensa en la censura iba a alentar las enemistades, dominadas la víspera, y se reuniría nueva batalla aquella noche. Ya que Víctor Hugo rechazaba la claqué, era necesario que sus amigos acudiesen a defender la segunda representación como defendieron la primera.

Los jefes de tribu, ya citados, no bien se enteraron de la actitud de la crítica, se presentaron espontáneamente; no hubo que ir a buscarlos. Comprendían que la lucha no había terminado y que la noche iba a ser muy ruda. Y estaban contentos, porque consideraban que la victoria del primer día se obtuvo a poca costa y gustaban de hallar una mayor resistencia para vencer.

Desde el mediodía del lunes, la calle de Beaujolais se llenó de curiosos y desocupados que esperaban contemplar el original espectáculo de las extrañas bandas de aventureros que se refirieron los periódicos. Pero se quedaron con las ganas, pues el Comisario del teatro no obligó a los jóvenes a que entraran por la puerta real ni a que permanecieran cuatro horas en la sala de espectáculos. Por consiguiente, aquel día no hubo cantos, embutidos con ajo, ni consecuencias del banquete. Solo pudo admirarse la excentricidad de los trajes de los amigos del poeta, vestidos que horripilaban a los elegantes de los palcos. Estos señores se mostraban mutuamente y con horror, la figura de Teófilo Gautier en la que se destacaba el rojo chaleco de raso sobre un pantalón gris claro con trencilla y la caballera que caía en cascadas bajo el sombrero de fieltro de anchas alas. La impassibilidad de su rostro, regular y pálido, y la sangre fría con que miraba a las honestas gentes de los palcos, demostraban el grado de abominación y de desorden en que el teatro había caído.

En el momento de levantarse el telón, sucedió un hecho que después se repitió en todas las representaciones de obras de Víctor Hugo. Una lluvia de papelillos blancos, (como el moderno confeti), cayó desde las alturas sobre palcos y butacas. Los papelillos se adherían a las ropas, a las cabelleras femeninas, se escurrián hasta los senos de las damas, se aposentaban en los bigotes de los hombres..., en fin, todos los espectadores hubieron de sacudirse y expulgarse. Aquello era un nuevo atentado contra *Hernani*. ¿Quién era el autor de la pesada bruma?... Nunca se supo.

Desde las primeras frases de la obra se advirtió ya

que la tempestad rugía sordamente. Y, en efecto, ya en el primer acto estalló. Este verso:

«Nous sommes trois chez vous.  
C'est trop del deux, madame».

(*Estamos tres en vuestra casa. Sobran dos, señora*).

Fué acogido con una carcajada por el público del primer piso y de las sillas de orquesta. La risa aumentó con el verso siguiente:

Oui, de ta suite, ô roi!, de ta suite!—J'en suis que Firmin equivocó declamándolo así:

Oui, de ta suite ô roi?—De ta suite j'en suis.

Este «de ta suite j'en suis», provocó un alborozo que se prolongó no solo durante aquella noche; durante meses, los clásicos en literatura se saludaban regocijados al encontrarse, con el famoso «de ta suite j'en suis».

Desde luego, los amigos del poeta sostuvieron fieramente el pabellón con sus aplausos, risas, mofetas y protestas.

La pelea se entabló en el segundo acto, y en el siguiente pasaje, se reprodujo el escándalo.

—Quelle heure est'il?

—(¿Qué hora es?)

—Minuit.

—(Las doce).

Ese rey que preguntaba la hora diciendo: ¿qué hora es? como cualquier simple mortal, y a quien se le respondía, en verso, «las doce», cuando tan fácil era responderle:

«Márca el reloj, señor la duodécima hora».

Pareció tan intolerable a la gente, que la risa se convirtió en griterío. Los partidarios de la obra se enfadaron entonces y, con enérgica resolución, impusieron silencio hasta el punto de que pudo ser oída con tranquilidad la escena entre *Hernani* y el Rey, así como la siempre temida de los retratos.

Pero al llegar al monólogo de Carlos V, tan ovacionado el día del estreno, recomenzaron las burletas, a las que siguieron las risas y por fin la carcajada a caño libre.

La mascarada y las danzas del quinto acto plugieron un instante a los señores de palcos y butacas, pero, después, prosiguió el alboroto en crescendo y la función terminó entre risas burlonas de los unos y las protestas y aplausos de los otros.

Los periódicos del día siguiente, contaron sólo todo lo que al drama y a su éxito perjudicaba, callándose la protesta airada de los jóvenes artistas y los aplausos del público de buena fe. Complacíanse en decir: ¡Por fin se ha hecho justicia a ese drama escandaloso! ¡El pleito está fallado definitivamente, gracias a Dios! Realmente ni siquiera había despertado la curiosidad; en la segunda representación el teatro estaba casi vacío.

La tercera representación resultó aún más tormentosa que la segunda. Las risas de los *clasicistas* fueron ahogadas por los aplausos de los admiradores del arte nuevo.

Pero, después de las tres representaciones, Víctor Hugo, como todos los autores, ya solo pudo disponer de un determinado y pequeño número de entradas para repartir entre sus amigos.

Entonces los periódicos dijeron que la obra iba a ser juzgada por el *verdadero público* y que esta volvería por los fueros del arte ultrajado.

Y, en efecto, desde la cuarta, cada representación, fué un alboroto brutal. La gente de los palcos reía a mandíbula batiente y la de los sillones de orquesta, silbaba: se puso de moda en los salones de París el «ir a burlarse de *Hernani*». Los partidarios del poeta no vacilaron en hacer frente a la turbamulta enemiga, y, con sus aplausos, defendían cada escena, cada verso, el más débil hemistiquío; y no se limitaban a esto, sino que taconeaban, rugían e insultaban cada vez que los contrarios usaban de la risa o del silbido. Ernesto de Sajonia Coburgo, no distinguía sexo ni edad cuando se trataba de repeler al contrario. A cierta jovencita, que se permitió reír a carcajadas durante la escena de los retratos, la increpó así:

— ¡Señorita, no ría usted tanto, que se le ven los dientes! .....

A unos viejos, tan *calvos* como venerables, que silbaban desde la orquesta, les gritó:

— ¡A la guillotina esas *rodillas*!

Para el discutido autor cesaron los respetuosos homenajes que entre bastidores se le hicieron al primer día, al autor triunfante. La obra maestra se había convertido en un *drama*, una bastarda y desconocida mezcla de comedia y de tragedia. Los actores se pasaban al enemigo, Uno de los más principales guiñaba el ojo a los que sil-silbaban, como diciéndoles a modo de disculpa; no tengo más remedio que representar, no me echen ustedes a mí la culpa. En cambio la señorita Mars, fué valiente hasta lo último; era silbada como los demás actores, y si reprochaba al innovador que le hubiese hecho conocer el son desagradable de los pitos, si recibía al autor con avinagrado gesto y le molestaba lo posible, en cambio, al presentarse en escena, trabajaba como Dios manda y como era debido.

A pesar de la malevolencia de los actores y de la rabia de los enemigos, el drama se mantenía en los carteles. Sosteníalo la recaudación de la taquilla. La gente iba a silbar, pero llenaba el teatro; lo que no impidió que el odio llegase hasta negar los ingresos de la caja teatral.

Cierto actorzuelo, enemigo del autor y de la obra, negaba que la taquilla ganase, y explicaba a otro compinche el lleno del teatro diciendo que se regalaban las entradas.

— Ved, — afirmaba, — hoy está el teatro de bote en bote; pues apuesto mil quinientos cincuenta y siete francos y setenta y ocho céntimos — interrompió Víctor Hugo, que pasaba en aquel instante junto a los criticones, llevando en la mano el estado de recaudación que acababa de entregarle el cajero.

La lucha que en París suscitara el drama, se extendió a todos los departamentos de Francia y llegó a extremos extraordinarios. En Tolosa, un joven apellidado Ballam, fué muerto en un duelo suscitado con motivo de una

discusión sobre *Hernani*. En Vaunes, murió un cabo de dragones que dejó este singular testamento:

«Deseo que sobre mi tumba se escriba esta frase: Aquí yace uno que creyó en Víctor Hugo».

Una licencia concedida a la señorita Mars, motivó la suspensión de *Hernani* después de la 45.<sup>a</sup> representación.

Ocho años después, cuando la obra había reaparecido en los carteles y era representada con unánime aplauso de las gentes, oí yo este dichoso diálogo entre dos espectadores:

—No es extraño,—decía el uno—que ya no silban. Víctor Hugo ha cambiado todos los versos de su obra.

—Se engaña usted,—repuso el otro.—No ha cambiado el drama, ha cambiado el público.

FIN

Memorias de un rebelde